Miguel Antonio Caro, poeta

En estos últimos meses se han publicado varios libros, como demostración patente de que aún no ha muerto entre nosotros la poesía, la más amplia y elevada manifestación de la eterna belleza, y de que aun no es tiempo de renunciar al título de Atenas hispano-americana, concedido a nuestra patria por sus hermanas de idéntico origen y lenguaje.

Hemos anunciado en esta REVISTA las poesías catalanas de Costa y Llobera, vertidas al castellano con fidelidad y noble elegancia por el P. José Vargas Tamayo; la traducción insuperada de los cantos de Leopardi por don Antonio Gómez Restrepo; las poesías del doctor Luis María Mora, comparables al vino de Falerno, guardado en ánforas etruscas y escanciado en copas de oro por las ninfas de Tíbur.

Acaba de aparecer el primer tomo de las obras poéticas de don Miguel Antonio Caro (1). Este volumen es continuación de cuatro anteriores, que contienen los escritos en prosa del insigne humanista. La obra se viene publicando en la Imprenta Nacional, en obedecimiento a una ley del Congreso.

En esta parte de la colección se ha elegido un formato más pequeño y menos denso que el de las obras en prosa.

Contiene el libro de que venimos hablando 145 sonetos originales, y después de ellos algunas poesías ligeras bautizadas por el autor con el nombre de Cantilenas.

(1) Obras poéticas—de don—Miguel Antonio Caro—Sonetos—Cantilenas—Edición oficial—hecha bajo la dirección de Víctor E. Caro—Bogota, Imprenta Nacional—1929—Pp. xx + 243 en 8.°.

No hay uno solo de los sonetos que pueda calificarse de mediano; muchos de ellos—cada uno por sí solo,—serían pasaporte a la inmortalidad.

Creemos que el hallarse juntos todos los sonetos pueda perjudicarlos ante algunos lectores. La variedad es necesaria al espíritu humano y es uno de los atributos constitutivos de la belleza. Una de esas maravillosas rosas blancas, cultivadas por nuestros jardineros con el nombre de bolas de nieve, si se halla incrustada en una guirnalda de otras flores, llama vivamente la atención del espectador, quien se fija en cada uno de los pétalos, que superan a los vestidos de Salomón en el día de su gloria. Pero en un ramillete de sólo rosas, se advierte y admira el conjunto y se dejan sin considerar los pormenores.

Como muestra del libro van en seguida los sonetos que llevan el título común de «Los padres de la patria». No los hemos elegido porque los estimemos como los mejores de la colección, sino porque forman un poemita, muy oportuno en los actuales momentos.

El señor Caro tradujo al francés su soneto «Mi ofrenda», y—a nuestro parecer—le quedó mejor en la lengua de Heredia que en la de Argensola, porque el pensamiento final se mueve con mayor facilidad y se muestra más diáfano en el texto francés que en el castellano.

R. M. C.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico